

le insensible á nuestras miserias ; confiar sin temerle es suponerle indifere-
rente á su gloria ; pero temerle y amar-
le es el origen de toda justicia en el
tiempo , y el principio de todo con-
suelo en la eternidad. Así sea.

DOMINGO XVI.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS,
cap. 3. v. 13. 21.

*Hermanos : Os pido, que no desma-
yeis en mis tribulaciones por voso-
tros : que es vuestra gloria. Por
esta causa doblo mis rodillas al
Padre de nuestro Señor Jesu-Christo
del que toda paternidad toma
el nombre en los Cielos y en la tier-
ra, para que segun las riquezas
de su gloria, os dé que seais cor-
roborados en virtud por su Espí-
ritu en el hombre interior, para
que Christo more por la fe en vues-
tros corazones, arraygados y ci-
mentados en caridad, para que po-*

dais comprender con todos los Santos, qual sea la anchura, y la longura, y la altura, y la profundidad: Y conocer tambien la caridad de Christo, que sobrepaja todo entendimiento, para que seais llenos de toda la plenitud de Dios. Y á aquel que es poderoso para hacer todas las cosas, mas abundantemente que pedimos ó entendemos, segun la virtud que obra en nosotros: A él la gloria en la Iglesia, y en Jesu-Christo por todas las edades del siglo de los siglos. Amen.

INSTRUCCION.

Hoy va el Apóstol San Pablo á dar una importante leccion á todos los Christianos que se ven agitados de las tribulaciones para que sepan convertir las en su provecho, y procurarse el consuelo y la paz. Es verdad que sus palabras carecen de esa pretendida filosofia, cuyos principios seductores en apariencia no dexan recurso alguno pa-

ra suavizar los trabajos; pero comparando los motivos en que se funda esta filosofia, con los que dirigen al Apóstol, se podrá reconocer facilmente, que si nuestra religion nos manda sufrir con paciencia, tambien nos proporciona consuelos y recursos en las aflicciones mismas.

El Apóstol, á los motivos de confianza que le sostienen en sus tribulaciones, añade los medios capaces de asegurarnos la victoria sobre todas las tentaciones de la vida. El misterio que explica hoy á los Ephesios es el único, y el mayor apoyo del Christiano, y quien sepa deducir las mismas consecuencias que el Apóstol, encontrará en ellas el modo de arraygarse en la fe, y de esmerarse en la caridad. Es cierto que á primera vista parece esta Epístola obscura y llena de confusion, y que para darla toda la explicacion de que es susceptible, seria indispensable penetrarse de los mismos sentimientos del Apóstol; pero sin embargo, y para no desfraudaros en alguna manera del conocimiento de las sublimes verdades que contiene, os presentaré un corto analisis de ella, y me ceñiré no tanto á su sen-

tido literal, quanto á las reflexiones que pueden servirnos para meditar y conocer su utilidad. Pedid al Señor que me dé sus luces, y escuchadme con atencion.

Miéntas que el Apóstol San Pablo dedica todos sus afanes y cuidados á la salvacion de las almas que tiene á su cargo, se ve rodeado de persecuciones y de tormentos, aprisionado y tratado como un malhechor. Este grande hombre que debia esperar su consuelo de los fieles por quien padece, les habla hoy desde su prision en unos términos los mas propios para disipar su inquietud y suavizar sus sentimientos. Os pido, les dice, que no desmayeis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria. Como si dixese, buscad vuestra gloria en los trabajos mismos que me han ocasionado el zelo y el deseo de vuestra salvacion, porque son una prueba auténtica de la verdad de vuestra fe. Estas palabras nos advierten que el abatimiento, y la pusilanimidad que sentimos en los trabajos y miserias de la vida, proviene de no volver los ojos á la mano poderosa que los envia, y de no penetrar los designios que en ello

tiene su misericordia.

Conozco, hermanos míos, que no podreis decir con el Apóstol: padezco, y sufro, no por haber abandonado mis obligaciones, sino por el zelo de la gloria de mi Dios, y por la salvacion de las almas que me ha confiado; pero á lo ménos podreis tomar el consejo que dirige hoy á los fieles de Epheso, á saber: aunque se multipliquen y dilaten mis trabajos, yo no perderé jamas el ánimo, teniendo presente que mi salvacion es el objeto de ellos, y que mi gloria depende de la sumision, y de la paciencia con que los llevo. Sobre todo debeis considerar que nuestro modo de pensar en quanto á las aflicciones no se opone al del Apóstol, sino por nuestra diferente conducta. ¡Qué caridad, y qué amor el suyo para con estos fieles que acababa de conquistar para Jesu-Christo! Considerando las aflicciones que padecen á vista de las persecuciones que se levantan por todas partes, y temiendo que decaiga su esperanza, y que se debilite su fe naciente, les dice: por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesu-Christo.

Vosotros, hermanos míos, ó no conocéis este remedio en las aflicciones, ó le abandonáis, ó despreciáis del todo. Ello es cierto que no le emplearíais nunca en vano, si estuviésteis animados del mismo espíritu que el Apóstol; si doblaseis como él las rodillas á aquel Señor que conoce vuestros trabajos, y ha previsto su causa, su efecto y su duración; y conociésteis que solo intenta despertaros de vuestro letargo por este medio, y que le suspende ó le modera según las miras de su sabiduría, sobre todo quando se le invoca con humildad.

Sin embargo no hay un estado en que se ruegue ménos y con ménos fervor que en las aflicciones, y por lo comun es el pretexto que se alega para excusarse de las prácticas religiosas, y de la participación de los sacramentos. ¡ Ah, hermanos míos, quien será capaz de restituirlos la calma, si no haceis el uso debido de los recursos que la religion os presenta! ¿ Por ventura podrá tranquilizaros la razon? ¿ Podrá la prudencia disipar vuestros trabajos? ¿ Encontrareis dentro de vosotros mismos algun motivo poderoso de consuelo? No, Christianos, no le encontrareis,

y vuestra alma se verá anegada en el sentimiento, miéntras que esteis separados de Dios, porque solo en él puede encontrarse el reposo.

El Apóstol invoca al Padre de nuestro Señor Jesu-Christo, porque baxo esta preciosa qualidad es el Príncipe, el Padre y el Xefe de la numerosa familia que se ha formado con su sangre, sobre la qual tiene siempre designios de bondad, de terneza y de amor; y quando permite que alguno de sus miembros se vea sumergido en la afliccion, es porque así lo cree necesario para su alma.

¿ Pero será posible que siendo nuestro Padre, nos dé golpes tan sensibles? Este es el carácter por donde se distingue con sus hijos, y así quando buscamos en las criaturas el consuelo, y repugnamos el padecer, somos ciertamente enemigos de nosotros mismos: porque como dice el Apóstol, él nos da según las riquezas de su gloria, que seamos corroborados en virtud por su espíritu en el hombre interior, distinguiéndolo del hombre exterior y carnal; y baxo esta figura está designado vuestro corazon, purificado por Jesu-

Christo de sus manchas , y lleno por su espíritu de todas las gracias que pueden elevarle á un órden sobrenatural y divino. Este hombre interior está muchas veces en contradiccion con el hombre terreno ó exterior , y de aquí procede el combate de la carne contra el espíritu que sufre el Christiano donde el hombre exterior y sensible consigue regularmente la ventaja: de aquí nacen esas dos voluntades contrarias de que se quejaba el mismo Apóstol , las quales le hacian obrar el mal, y se oponian al bien que mas deseaba. Este combate debería ser , hermanos míos , el más sensible entre todas las aflicciones de nuestra vida , y por desgracia es el que ménos nos aflige. Apenas sabemos que hay dentro de nosotros un hombre interior , cuya perfeccion enlazada con nuestra felicidad , depende unicamente del progreso que hacemos en su conocimiento. Así el Apóstol pide ardentemente por los Ephesios lo que yo pido tambien para vosotros: á saber , que Christo more por la fe en vuestros corazones , arraygados y cimentados en caridad ; es decir , que se conozca por

vuestras obras que hace morada en vosotros ; que se juzgue por vuestras palabras que su sabiduría las dirige ; que su caridad conduce vuestros pasos ; que vuestros sentimientos se arreglan por su humildad , y que imitais su paciencia , su dulzura , su obediencia y su fervor ; en fin que la gloria de vuestro Padre y la obra que ha confiado á cada uno de vosotros son el motivo esencial de vuestras acciones. Sobretudo deseamos que habite en vosotros por la fe , porque esta disposicion puede sola sosteneros en la práctica de todas las virtudes. Entónces estareis arraygados en la caridad ; es decir , de tal manera animados por esta virtud , que nada será capaz de turbar la práctica del bien. Por esta causa se compara la salvacion con gran sabiduría en los libros santos , ya á un hombre que funda su casa sobre piedra firme , y ya á un árbol que plantado á la orilla del agua echa profundas raices. Quando la gracia de Jesu-Christo le baña , se fortalece de tal suerte , que aunque el viento de las pasiones le agite , no conseguirá moverle , y mucho ménos desaraygarle y destruirle. Esta gracia , está

fe y esta caridad de Christo es la que hace al Christiano tan inteligente en las cosas de Dios, que comprehende con todos los Santos qual sea la anchura, y la longura, y la altura, y la profuundidad.

El Apóstol designa estas diferentes dimensiones como las mas propias para darnos á entender lo que ha hecho el Señor por nosotros. En efecto ha baxado hasta el fondo del abismo de nuestras miserias, para curar nuestras llagas, para purificar nuestras manchas, y arrancarnos del poder del infierno y del pecado, y en esto consiste la profundidad del misterio de su Encarnacion. Se ha elevado por su propia virtud á los cielos, y ha atraído á sí, segun su palabra, á todos los que creian en su nombre; de manera que somos los ciudadanos del cielo y los coherederos de su reyno; y esta es la altura del misterio de nuestra santificacion. Ha mirado con ojos compasivos á todas las naciones, y ha extendido sus manos, dice el Profeta, sobre todos los pueblos, sin excluir los que habian manifestado mas contradiccion á las miras de su sabiduría, y esta es la anchura del misterio

rio de nuestra redencion. Su reyno no tendrá fin, y el de sus escogidos durará tanto como el suyo. Ha venido en la plenitud de los tiempos para hacernos felices por los siglos de los siglos, y nos ha manifestado la longura del misterio de nuestra adopcion, fixando su término en la eternidad. ¿Quién será tan rápido que no conozca por este detalle la caridad inmensa de Jesu-Christo? En efecto, ella no tiene medida, porque ha sacado al hombre de un abismo que nadie podia sondear; porque le ha elevado á una gloria que nadie puede pretender; porque extiende las miras de su misericordia mas allá de sus esperanzas; y finalmente, porque ha cambiado su mortalidad y su corrupcion en una vida inmortal é incorruptible. Por tanto, bien léjos de lisongearme de conocer tan gran misterio; exclamaré con el Apóstol diciendo: que la caridad de Christo sobrepuja todo entendimiento; que todas las ideas que se me han dado, ó he podido formar, le desfiguran léjos de aclararle, y que jamas debo pensar en otra cosa que en adorarle, y no en sondearle, porque excede infinitamente mi inteligencia y mis luces. Sin

embargo quando con humildad profunda, y religioso temor piensa el Christiano en este misterio, será sin duda lleno de toda la plenitud de Dios, el qual ocupará todas las facultades de su alma, colmará todos sus deseos, fixará todas sus dudas, calmará todos sus temores, y fortificará su flaqueza.

¡Qué felices seréis, hermanos míos, si estudiais y gustais atentamente todas estas verdades! Sí, felices si estais persuadidos con el Apóstol, que Dios solo es el que obra en nosotros todo lo que es justo, santo y razonable, así por su poder, como por su misericordia, y que obrando así, nos prepara el mérito de la accion, aunque no seamos el principio de ella; pero mas felices todavía si estais íntimamente convencidos de que Dios puede hacer mas que le pedis y deseais, y que no se ceñirá á la pobreza de nuestros deseos, y á la longura de nuestras oraciones; porque mas instruido de nuestras necesidades que nosotros mismos, las prevé, las consuela, y no espera para determinarse á remediarlas sino la simple preparacion del corazon.

El colmo de la felicidad, hermanos

míos, es gustar estas verdades, pero sobre todo mostrarse fiel para glorificar á Dios, y Padre en la Iglesia y en Jesu-Christo. Escuchad la explicacion de estas palabras, porque sin duda es importante. La Iglesia glorifica á Dios formándole hijos, por medio de las oraciones que hace por ellos, por las bendiciones que les concede, por la palabra santa que les anuncia, por los Sacramentos que les administra, y por el sacrificio que ofrece en su nombre. Nosotros glorificamos á Dios en la Iglesia, quando asistimos á sus oraciones con espíritu de recogimiento: quando recibimos sus bendiciones con espíritu de humildad y de fé: quando escuchamos las palabras de sus Ministros con espíritu de docilidad y de reforma: quando participamos de sus Sacramentos con espíritu de contricion y de dolor: y quando comunicamos de su sacrificio con espíritu de pureza y de fé. Pero como la Iglesia no habla de sí misma, tampoco obra por un espíritu particular, sino que todo lo hace por Jesu-Christo, é inspirada por su espíritu, conducida por sus reglas, y animada por sus exemplos.

Así es como propiamente glorificamos á Dios por Jesu-Christo : de esta manera llegan nuestras oraciones al pie del trono de su misericordia : por la virtud de su cruz nos atraen las bendiciones á nuestro corazon la uncion de la gracia : por Jesu-Christo fructifica la palabra santa en nuestros corazones, lleva frutos de salud y de vida, y se desenvuelve el germen de todas las virtudes christianas : por Jesu-Christo un elemento mudo é insensible tiene en los Sacramentos la fuerza de purificar el corazon, y de arrojar la corrupcion : por la eficacia de su sangre el sacrificio del altar nos representa eficazmente el de su Pasion y de su Muerte. En fin, por Jesu-Christo, en Jesu-Christo, y con Jesu-Christo glorificamos á Dios en todos los tiempos, así como despues tambien le glorificaremos en Jesu-Christo por todos los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 14. v. I. II.

En aquel tiempo : Aconteció, que entrando Jesus un Sábado en casa de uno de los principales Phariséos, á comer pan, ellos le estaban acechando. Y he aquí un hombre hidrópico estaba delante de él. Y Jesus dirigiendo su palabra á los Doctores de la Ley, y á los Phariséos, les dixo : ¿Si es lícito curar en Sábado? Mas ellos calláron. El entonces le tomó, le sanó, y le despidió. Y les respondió, y dixo : ¿Quién hay de vosotros, que viendo su asno, ó su buey caído en un pozo, no le saque luego en dia de Sábado? Y no le podían replicar á estas cosas. Y observando tambien, como los convidados escogian los primeros asientos á la mesa, les propuso una parábola, y dixo : Quando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas

honrado que tú, y que venga aquel que te convidó á tí y á él, y te diga: Da el lugar á este: y que entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas quando fueres llamado, ve, y siéntate en el último puesto, para que quando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa. Porque todo aquel que se ensalza, humillado será: y el que se humilla, será ensalzado.

INSTRUCCION.

¿Seremos indiferentes siempre, hermanos míos, á la relacion de los acciones maravillosas de la vida de Jesu-Christo nuestro Maestro? ¿Será el Evangelio para nosotros una de esas historias estériles que no dexa en el ánimo mas que una idea infructuosa de admiracion? Tantas palabras de vida escritas para nuestra reforma, ¿servirán solo para probar nuestra insensibilidad? Her-

manos míos, si siempre que leyeseamos el santo Evangelio, cuidásemos de aplicarnos las verdades sublimes que contiene, no careceríamos de ninguna de las disposiciones que exige Jesu-Christo de nosotros; y si, segun la leccion que nos da el Apóstol San Pablo, nos esforzamos para afirmarnos en nuestra vocacion con las buenas obras, no sería tanta nuestra inquietud al acercarse el dia de las venganzas de nuestro Dios. Pero por ventura ¿podremos pensar en estas verdades y no temblar? ¡Qué extraña diferencia entre nosotros y Jesu-Christo! ¡Qué distancia entre su vida y nuestra conducta! ¡Qué contraste entre sus virtudes y nuestros vicios! ¿Es este verdaderamente nuestro Maestro? ¿Podremos lisongearnos de ser del número de sus discípulos? Inferidlo vosotros, hermanos míos. Jesu-Christo no se presenta entre los hombres sino para aliviarlos, para consolarlos en sus aflicciones, y curar sus enfermedades; y nosotros solo frecuentamos la sociedad para mantener el espíritu de disension y de disputa. Las manos de Jesu-Christo solo se ocupan en el exercicio de la caridad; y las nuestras

están por lo comun llenas de pecados y de injusticias. Las acciones, aun las mas comunes de la vida de Jesu Christo, estaban animadas por el Espíritu de sabiduría y de santidad; y el orgullo ó la codicia infesta y envenena casi todas nuestras obras. En fin Jesu-Christo ha caminado para darnos el exemplo por sendas escabrosas y dificiles; y nosotros, como miembros delicados y flacos, rehusamos el seguirle, y procuramos pasar nuestros dias en diversiones y placeres criminales, lisongeándonos de no ser suyos. Esta pintura es capaz de llenarnos de confusion; y ya que el Evangelio de este dia me da motivo para hablaros de unas verdades tan importantes, voy á presentarlas con toda la extension que merecen. Seguidme, ó por mejor decir, sigamos atentamente á Jesu-Christo, y no perdamos de vista las lecciones que hoy nos da.

El Evangelio no siempre nos ofrece á Jesu-Christo ocupado en las tareas dificiles de un ministerio laborioso por sí mismo, ni tampoco nos le muestra siempre recorriendo las campiñas y los desiertos, y entrando en las ciudades y en las sinagogas para instruir

al pueblo y á los Doctores de la ley. El Espíritu Santo ha cuidado de conservarnos las acciones mas comunes de su vida para que aprendiesemos á santificar nuestras ocupaciones diarias; y así nos le representa hoy en casa de uno de los principales Fariseos á comer pan cercado de muchos de estos falsos justos que procuran rebaxar el mérito de sus acciones. ¿Pero qué hay que temer, hermanos míos, quando la rectitud y la piedad arregla nuestra conducta? ¿Qué le importa al justo que los espíritus maliciosos le acechen y sean sus censores, quando sabe que camina rectamente á la vista de su Dios? ¡Ah, entónces los impíos trabajarán inutilmente para debilitar y anonadar su virtud! Así Jesu-Christo, aunque sabia el odio que los Fariseos tenían á su persona, y que solo procuraban perderle, no huye sin embargo de su vista, sino que frecuenta sus casas, y se sienta á su mesa para enseñarles que la virtud que está bien cimentada no teme la censura, ni se desmiente aun tratando con los malos. Si observasemos vuestras acciones con tanta exactitud y cuidado como los Fariseos observaban las de Jesu-

Christo, ¿podríamos tener la satisfacción de ver unas costumbres puras y santas? ¿Veríamos en vuestras mesas aquella templanza y moderación que corresponde á un Christiano? ¿No son ellas por el contrario donde, con grande escándalo de nuestra religión santa, consumís en los excesos de un solo día el fruto de una semana entera de trabajo, el socorro y el sustento de vuestra familia? Ricos que me escucháis, ¿no empleáis en vuestros banquetes para hacer un obsequio á la gula y á la sensualidad unos caudales que los Padres de la Iglesia llaman la sangre del pobre y del indigente? ¿No gastáis para lisongear el orgullo, para mantener la concurrencia, y adquirir el crédito de hombres espléndidos, la substancia de tantos infelices menestrales, que despues de haber abandonado sus oficios, se ven constituidos en la mayor indigencia?

Jesu-Christo, irreprehensible en sus costumbres, no teme que se le acuse de intemperancia, ni los Fariseos á pesar de su malicia, le acusan de este vicio. Testigos de la austeridad de su vida, y admirados de su frugalidad, tienen que apelar á otros motivos para sus

acusaciones. En efecto, habiéndole oído explicarse sobre el interes que tomaba en la gloria de su Padre, y en la decencia de su culto; conociéndole demasiado zeloso de la santidad de sus preceptos, para autorizar la menor transgresion; y sabiendo por otro lado que su corazon verdaderamente compasivo en las necesidades de sus hermanos, no podia diferir su socorro ni un solo momento, les sugiere su malicia un arbitrio muy poderoso para sorprehenderle, porque ó bien debia quebrantar la fiesta del Sábado, ó abandonar un acto de misericordia, por la observancia de este precepto: he aquí un hombre hidrópico estaba delante de él. Este es el lazo que le arman, porque si le cura, le denuncian como violador de la ley, supuesta la prohibicion de toda obra en el día de Sábado; y si le abandona, se preparan para tratarle de insensible y desnaturalizado á la vista de una miseria y de una enfermedad tan grave. ¿Pero quién será mas sabio y mas prudente que un Dios? La curacion milagrosa del hidrópico servirá para justificar á Jesu-Christo, y para confundir el orgullo de los Fariseos.

Vereis, hermanos míos, de la manera que se verifican estos dos efectos; pero entretanto debéis saber que las diversas enfermedades que se presentaban á Jesu-Christo eran la figura mas expresiva de los diferentes pecadores, por los quales se interesa tanto la Iglesia en sus oraciones. Vosotros, no habeis considerado sin duda estas enfermedades; pero lo cierto es que ellas han debilitado las fuerzas del alma, y que la han constituido en el estado infeliz que tiene. Por exemplo, estais ciegos quando vuestras pasiones os cierran los ojos de modo que no veis ni los peligros á que estais expuestos, ni los remedios que la religion os presenta para disiparlos; y entónces teneis necesidad de que Jesu-Christo alumbre vuestras tinieblas.

Estais paralíticos quando, abandonando las obligaciones de la salvacion, estais disgustados en todo lo que mira á las cosas de Dios; y entónces teneis necesidad de que Jesu-Christo os restituya el movimiento y la fuerza.

Estais cojos quando el interes ó la codicia os apartan de los caminos derechos y os inclinan al lado de vues-

tros intereses personales con preferencia á los del próximo; y entónces teneis necesidad de que Jesu-Christo os enderece.

Esos pecados multiplicados que traigais como el agua; esas infidelidades diarias, cuyo número no inquieta ya vuestra conciencia, pero que por su especie y circunstancias os veis deshonrados á los ojos de Dios, tienen grande semejanza con esa lepra vergonzosa, de que se nos habla tantas veces en el Evangelio; y por esta causa teneis necesidad de que Jesu-Christo os toque y purifique.

¿No sois la figura mas sensible de Lázaro y de otros muertos de muchos dias, que arrojan un hedor insoportable desde el sepulcro? Pues entónces teneis necesidad de que Jesu-Christo lllore sobre vosotros, que tiemble sobre vuestra suerte, y os llame. Quizá en este instante que os hablo, la avaricia que os domina con tanto imperio, y el orgullo que os arrastra en pos de sí, os ponen en un estado mas triste y mas peligroso que el del hidrópico que estaba delante de Jesu-Christo.

El pecado de la avaricia mira igual-

mente á los pobres y á los ricos: en todas partes se encuentra la sed insaciable de los bienes de este mundo, y quando las manos estan vacias de todos los recursos, el corazon está lleno de codicia y del afan de amontonar. ¿Qué pensaré de esas murmuraciones indecentes que la impaciencia os inspira sobre vuestro estado: de ese mal ojo con que mirais la prosperidad del próximo: de esos medios ilícitos que tomáis para aumentar las ganancias: de ese calor excesivo con que defendéis vuestros intereses: de ese espíritu inquieto que aumenta y engrandece las calamidades futuras, y de tantas otras disposiciones opuestas á la sumision, y á la confianza? ¿No prueban todas ellas el amor desordenado del dinero, y por consecuencia que os domina la avaricia?

Pero tambien os tiraniza el orgullo. Este es un pecado que no reserva ni el estado de mediania, ni el de la pobreza misma: aquí debeis, hermanos míos, fixar vuestra consideracion. El orgullo no solo hinchá y llena el corazon del rico y del poderoso, no solo ensorbece al que se presenta con trages brillantes, con trenes magníficos; un

miserable que apenas puede cubrir sus carnes está poseido del orgullo. ¿Qué diré de esos Christianos que vestidos de un trage grosero, y penitente al parecer, tienen lleno el corazon de envidia; que no sufren la menor injuria; que defienden con dureza sus pretensiones y sus derechos, y que si se les contradice en la mas mínima cosa, salen fuera de sí, prorumpiendo en expresiones las mas injuriosas?

Si alguno de vosotros, hermanos míos, se reconoce en estos diferentes retratos, preséntese luego á Jesu-Christo en el seguro de que no bien le habrá expuesto sus enfermedades y miserias, quando le haya aplicado el remedio. El hidrópico se le presenta, y en el mismo punto se mueve á compasion; y si difiere por algunos instantes el alivio de su mal, es con el fin de curar las enfermedades espirituales que padecian los Fariseos.

En efecto Jesu-Christo conoce el artificio y el fin para que le traian este hombre hidrópico; y dirigiendo su palabra á los Doctores de la ley y á los Fariseos, les dixo: ¿es lícito curar en sábado? Esta era una pregunta que pu-

dieran haber resuelto facilmente, como instruidos en la ley, si hubieran tenido ménos malicia y mas caridad; pero ellos dudan, callan, y Jesu-Christo los confunde con una parábola muy instructiva y sensible.

Permitidme, hermanos míos, que suspenda por un instante la explicacion de esta parábola, y os haga tambien una pregunta. Ya que sabeis que el Domingo es el dia destinado para dar culto al Señor; procurais ántes de emprender qualquiera obra en este santo dia, preguntaros á vosotros mismos, si está permitida, ó si es contraria á la santificacion de este dia? No acontecê muchas veces que baxo el especioso pretexto del descanso que exige el trabajo de toda una semana, despreciais y abandonais los exercicios de la religion; que baxo el nombre de un recreo saludable, os permitis las diversiones mas criminales y peligrosas, y que una fortuna escasa, y una familia crecida sirven de pretexto para autorizar ciertas obras con las quales abiertamente se quebranta el dia de fiesta?

Christianos, toda obra servil está prohibida en estos santos dias; pero

principalmente el pecado que es la mas servil de todas. Sin embargo la intemperancia y los excesos; no son mas frequentes en ellos que en todos los restantes? No se multiplican las diversiones? No se malgasta lo que deberia servir para el sustento de una pobre familia en toda la semana? No se hace un placer de la embriaguez y de la disipacion para descansar de las fatigas del trabajo? Quando con buenas y santas obras debierais apaciguar la ira de Dios; no la encendeis por el contrario? Quando escogeis para ultrajarle el dia que se ha reservado para su gloria y su culto, ¿podreis esperar que eche su bendicion sobre vosotros y vuestras familias?

Jesu-Christo no espera la respuesta de los Fariseos para sanar el enfermo que se le presenta: le toca, le sana, y le despide. ¿Y seria posible que lo difiriese ni un momento aquel Divino Salvador, que ha venido á enseñarnos que uno de los medios de honrar al Padre de las misericordias es la beneficencia con sus criaturas? Pero los Fariseos, espectadores de este prodigio, no solo no se avergüenzan de su perfidia, y se con-

funden, sino que de aquí toman pretexto para fomentar su orgullo y su malicia; y Jesu-Christo que manifiesta tanto interes para curarles una enfermedad que les cegaba los ojos y la razon, les habla en estos términos. ¿Quién hay de vosotros que viendo su asno ó su buey caído en un pozo, no le saque luego en dia de sábado?

¡Qué bien se reconoce, hermanos míos, que el que habla de esta manera, no es simplemente un hombre, sino un hombre Dios! ¡Ah, que bien conoce la debilidad de nuestro corazón, y el ascendiente que tienen las riquezas temporales y perecederas sobre nosotros! Hombres carnales, que todo lo referis á vuestros sentidos, escuchad á Jesu-Christo. Os quejais de que la moral del Evangelio es demasiado dura, y de que prescribe sacrificios superiores á vuestras fuerzas: decid qué cuesta gran trabajo el romper las cadenas de las costumbres mas criminales y de las pasiones mas vergonzosas; pero si un bienhechor que os procurase la subsistencia, y asegurase el pan para el resto de vuestros dias, solo exigiése el amor, el respeto, y un cierto miramiento para no

desagradarle ¿os quejariais de la dureza de las condiciones? Hijos de las tinieblas; es posible que el asno y el buey exciten vuestros afanes y cuidados; y que el alma inmortal, esa imágen sensible de la Divinidad, esa alma, á quien el Profeta llamaba su único bien, esa alma, que está en peligro tan evidente, no merezca la mas ligera atencion?

Los Fariseos no responden tampoco á la segunda pregunta que les hace Jesu-Christo: su orgullo les impuso silencio la primera vez, y ahora es la confusion quien les cierra la boca. El Evangelio nota que no le podian replicar á estas cosas. ¡Qué no pueda yo, hermanos míos, sacar de este silencio todas las consecuencias que exige vuestra instruccion! Jesu-Christo podía aprovecharse de esta circunstancia para confundirlos; pero nos quiere dar una grande leccion sobre el modo de conducirnos con los pecadores. Este es el objeto mas importante de los que trabajan en la conversion de las almas, los cuales para conseguir el efecto que apetecen deben cuidar sobremanera de no exasperarlos con desprecios, ó con cargos y reprehensiones insultantes.

Jesu-Christo conoce que estos hombres se disputan entre sí, y escogen los primeros asientos en la mesa, sin atender á que el dueño de la casa señale á cada uno el lugar que le corresponde, y les propuso una parábola, y dixo: quando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas honrado que tú, y que venga aquel que te convidó á ti y á él, y te diga: da el lugar á éste: y que entónces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas quando fueres llamado, vé, y siéntate en el último puesto, para que quando venga el que te convidó, te diga: amigo, sube mas arriba. Entónces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa.

¡Qué instrucciones contiene, hermanos míos, esta parábola de Jesu-Christo? En ella vemos un Dios, siempre justo, siempre equitativo, que á cada uno le acomoda en el lugar que le corresponde; pero que prefiere siempre á los humildes, como que la humildad es el fundamento de todas las demas virtudes: vemos que los convidados deben esperar con una justa desconfian-

za á que el Señor les llame y les coloque en el lugar que merecen; y que entretanto han de ocupar el último asiento como el mas adecuado á su miseria y su bajeza. Finalmente vemos un festin delicioso en que deben celebrarse las bodas eternas del Hijo único de Dios; pero con una paz y una alegría tambien eterna.

Este es, hermanos míos, el compendio de las verdades que dexo á vuestra meditacion. ¡Ojalá que podais entrar en las miras misericordiosas de Dios! Pero no olvidéis la máxima con que acaba el Evangelio del dia, y que contiene quanto Jesu-Christo os ha enseñado: todo aquel que se ensalza, humillado será, y el que se humilla, será ensalzado. Esta máxima que tantos consuelos encierra para un Christiano que obra segun ella, encuentra mil contradicciones por todas partes; pero considerad que las humillaciones no envilecen, sino que nos purifican, nos prueban, y nos conducen á una gloria inalterable.

Dios mio, dignaos hacernos gustar esta importante verdad, para conocer que quando llenos de vanagloria, ponemos nuestra felicidad en las frívolas